

LA FORTALEZA Y SU CIUDAD

José Ignacio Salazar y Carlos de Vergara

Hablar hoy del Fuerte de San Marcos, es rememorar aquel Pleno de 1992, cuando la Corporación de Miguel Buen, por cuarenta millones de pesetas de la antigua moneda de entonces, compraba la fortaleza en sus partes, como denominó Luis Nieva, alta y baja.

Fue un Pleno donde, un buen alcalde y una democrática corporación, como es hábito en las ciudades modernas, resolvieron la decadencia de un memorable monumento de defensa, transformándolo en civil y, hoy, proyectado en cultural, con gran elegancia y sencillez. Esto sucedía en la Erretería de los años noventa.

Es un epicentro geográfico y un encuentro lúdico en su cumbre que, día a día, es ascendida, por gentes democráticas, con una emoción no exenta de paciencia; y cuando se está arriba, la

emoción fluye de una manera desbordada y sinceramente montañera. Es el Fuerte de San Marcos. Es Erretería.

Las ruinas de aquel destartado lugar, cuando se efectuaba la compra, constituían una desvencijada fortaleza donde la piedra herida y llorosa se confundía con boscajes primigenios y el viento huracanaba hojarasca que hacía abstracción, aislando todo el conjunto hacia la fantasmagoría. Tal es que, simulacros de leyendas urbanas, acercaban presencias a los visitantes del monumento.

Entre los años de 1994 y 1997, apoyándose en Instituciones, como sólo Erretería sabe encontrar, en una costosa reforma de más de doscientos millones de las aquellas pesetas, se rehabilitó El Fuerte. Una atalaya, hoy moderna, que presume





de linaje carlista y batallador, epicentro geográfico; desde arriba no sólo contemplamos la magnanimidad de Peñas de Aya y sus lugareños valles, sino toda una realidad cotidiana, la de una realidad política y social de Oarsoaldea. El Forte de San Marcos, está construido desde una metáfora, la que permite entrever la vida y el tiempo de los seres y acontecimientos en su universo cotidiano. Y, hoy, lo expositivo, unido a proyectos culturales, manteniendo una oferta gastronómica importantísima, provoca, juntos a sus encuentros y romerías, una catarata de sensaciones constante, donde para curarte subes y no necesitas más fármacos; simplemente, sanas, lanzando ese aullido interminable de libertad que se transpira en su cumbre, lanzado por tantas personas con talento que pueblan nuestro alrededor y que lo airean desde sus casamatas y cañoneras.

No hace aún mucho tiempo, Juan Carlos Merino nos explayaba desde donde antes se encontraba uno de los pabellones del gobernador y oficiales, el previsto futuro cultural del recinto, al que aspira como enclave recuperado. Desde su departamentación actual de instalaciones, aprovechando recovecos inertes, manteniendo la fuente

históricamente militar del Forte; todo un proyecto museográfico y museológico, en fases para cada planta del fuerte, así como en los sistemas de comunicación; dejando otra actuación, por imposición realista, pospuesta funcionalmente hasta la evaluación de los primeros resultados fiables.

Cuando éramos niños y buscábamos paraísos anuales, y en Pasajes había ilusión y las puertas del vecino estaban abiertas para quien las necesitara, a pie o a caballo o en coche, subíamos el día de Marcos a la montaña de nuestra vecina y muy querida Erretería; ascendíamos, con veneración impenitente, aquellos angelicales de pantalón corto y golosos, presurosos pero hondamente infantiles, incapaces de otra alternativa que la fidelidad al postre de la merengada y el huevo duro. Así conocí yo a un pueblo entonces, hoy ciudad, que me ha acogido en el exilio. ¿Cómo lo iba a presagiar en aquellos entonces? Aquellas pretéritas pastorales y su griterío, alumbraban este futuro errante y comunicador. Recuerdo en especial un día en el que subíamos en el carro que arrastraba en caballo de Ignacio Ijorra, "el carbonero" y el equino se detuvo largamente para entretenerse con la yegua de un carro de patatas

que había caído en la cuneta de subida; fue un viaje tardón por una carretera de las maravillas del ayer.

Detrás de tanta evocación, están nuestras raíces, que palpitan entre las grandes carencias de cariño que tenemos hoy. Aquellos fueron los valores que realmente importan en la vida.

El castillo se encuentra a 280 metros sobre la degradada bahía; visionando, en días claros, desde San Juan de Luz hasta Guetaria. Es magnífico. Fue en 1888 cuando se construyó el cuartel enclavado entre un mar de piedra seca, en la cumbre del San Marcos, y lo que hoy es ensueño y magia, pretende, en su reforma, transportarnos al ayer, cuando las grietas del muro y lo entreverado del foso, fueron un reguero sanguinolento, incendiado de arenga militar que estudiaba y practicaba las estrategias de vencer; masacrando al enemigo antes de ser oteado incluso, llegara desde el otro lado de la muga como desde sublevaciones legitimistas.

En sus mejores tiempos, y con tal capacidad se construyó, para albergar en su mampostería hormigonada, para guarecer a 250 soldados de infantería y artillería.

Fue proyectado por el ingeniero militar Luis Nieva, con aportaciones de colegas de su tiempo como Pedro Lorente, José Brindis y Juan Roca; supuso dos millones de pesetas y cuatro años de construcción. Desde variopintos lugares de Guipúzcoa y Vizcaya, se trasladó la arena del río Urumea o el hierro de Beasain y Bilbao para el puente móvil; acarreados por bueyes de Oiartzun, Astigarraga, Hernani y Altza.

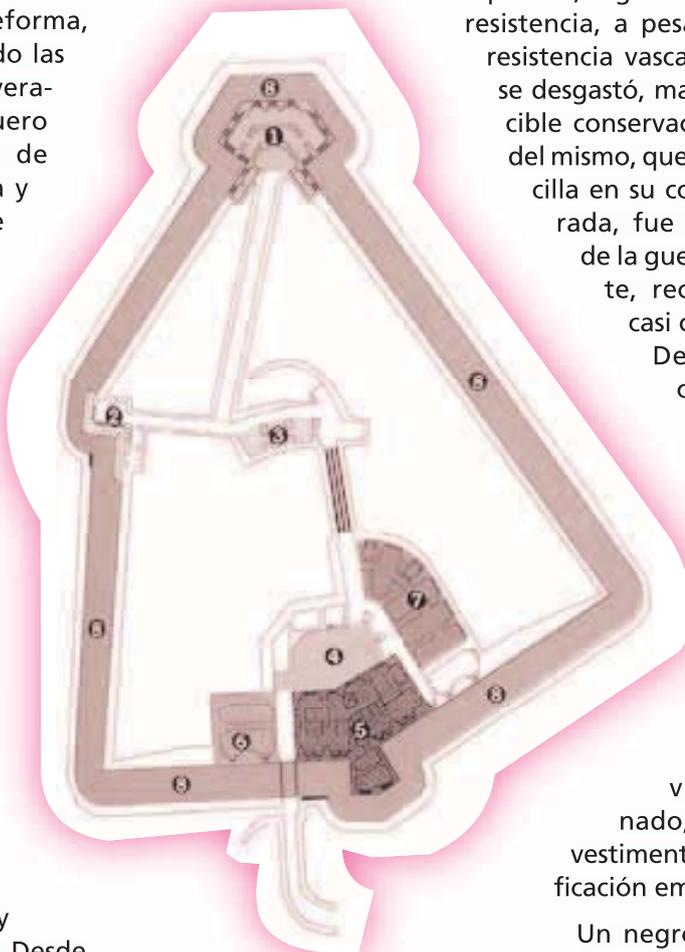
Fue el último baluarte defensivo de la comarca, que reorganizaba la tropa para, conjuntamente con otros enclaves visuales como Txoritokieta, Guadalupe, Erlaitz, Belitz, Arkale, San Marcial en Irún y San Enrique, atrincherar valerosamente este terreno conocido de la comarca de Oiartzun, defendiéndolo con cañones de objetivos del supuesto atacante, con planos precisos de movimientos del enemigo y con noticias rigurosamente contrasta-

das de acechos intempestivos, al sistematizar, de este modo visual y con la infantería, las defensas del enclave y de las tropas móviles. Claro es que, en el discurso del tiempo, y con la aparición de la aviación, los engranajes defensivos con los que se construyó tras la segunda guerra carlista, iban desvaneciéndose, así como las defensas obsoletas de la comarca del Puerto de Pasajes, la ciudad de San Sebastián y Rentería, Villa ésta adelantada económicamente con la N1, el puerto y la línea del ferrocarril. Los motivos de supervivencia del fuerte se apagaban: no hubo una tercera guerra carlista

ni tampoco una invasión francesa y como en Guipúzcoa, la guerra civil no tuvo mucha resistencia, a pesar del cuento de la resistencia vasca a Franco, tampoco se desgastó, manteniendo una apacible conservación. La importancia del mismo, que no era sino muy sencilla en su construcción atrincherada, fue decayendo después de la guerra y, paulatinamente, reconstruido hasta su casi conformación actual.

Desde aquel entonces, fue baluarte de maniobras militares y carcelario, hasta que los destacamentos lo abandonaron en los años setenta. El fuerte tomó entonces un hálito de tristeza y de cansancio, se hizo viejo por abandonado, desastrado por la vestimenta herida de su fortificación empedrada.

Un negro presagio ascendía desde el foso y sobre la explanada del terraplén de combate, allá donde iban montadas las bocas de fuego, protegidas en el frontis por un parapeto y lateralmente por traversas; en este interior se entremezcla sangre y melancolía visionaria que, desde el frente de la caponera, discurriendo por un estrecho corredor que permite cruzarlo transversalmente, ululaba la memoria de los muertos por la patria en aquel lugar de seis metros. Los montacargas, cercanos todos a la munición, chirriaban y entre el hueco del suelo del hormigón los almacenes y un entarimado, lloraba por sus muertos una cámara de aire putrefacto. Por aquel entonces, el patio estaba inhóspito, sólo le quedaba el vacío por fuera



y por dentro su cementerio de agua: empedraba un aljibe de agua, compuesto por dos depósitos de 10 m³, con sus respectivas bombas y que, como la joroba de un camello abastecía de agua a una guarnición de 200 hombres, durante cinco meses de sequía. Mortuorio era su intramuros inferior, allá donde destacaba la vieja historia del Cuerpo de Guardia o de los Pabellones del Gobernador y oficialía. Lo que sí sugería una sutil magia contagiosa, que el abandono no desmereció, era la batería a barbata, orientada a Oiartzun, así como las 15 casamatas de la obra alta, con sus correspondientes cañoneras y piezas de artillería, recubiertas con bóvedas de hormigón de medio cañón o cónicas y con sus ventanas el muro que vertía su faz al patio.

Los repuestos, que hacían esa función entre los huecos del grosor de los pilares, eran historia, en sus días permitían la colocación de ascensores para llevar el material entre el piso inferior y los almacenes. Era una fortificación excavada en el terreno natural de San Marcos; enterrada en cubetas, para las estancias, y trincheras, para las comunicaciones. Todo era paramilitar: los estribos estaban formados por mampostería y las bóvedas por hormigón no armado. Mantenía el conjunto un aura de prehistoria guerrera, con sus baterías acasamatadas y al descubierto, con sus bóvedas que sobresalían a la altura media de la fortificación, abriéndose las cañoneras en los muros de máscara, estando recubierto de tierra todo el edificio, en que se formaban también cañoneras.

Fue entre los años de 1994 y 1997, con D. Miguel Buen Lacambra como regidor municipal, conjuntamente con otras instituciones, cuando se abordó uno de los proyectos más importantes y costosos de la Errentería de los años 90: la rehabilitación del Fuerte; y con esa álgida visión cultural que siempre ha asomado en Errentería, transformaron una destartada fortaleza en

un excelente promontorio donde se ejercita la cultura, con el paisajismo; el senderismo con el montañismo vivificador, lo expositivo con el requiebro restaurador. Una delicia. Este retrato de la realidad actual, entre la hojarasca mortecina de aquellas instalaciones que olían a sangre coagulada y a aljibe mohoso, de este entorno cotidiano que ofrece hoy San Marcos, es el de un oasis de civilización que nos acerca a la cumbre de un mundo lúdico donde la vida tiene el valor de la plenitud ante la dureza de lo que dejamos por detrás, en el valle; son dos realidades que conviven en nosotros, aunque no seamos, en ocasiones, conscientes de ello.

¿Y el futuro? Nada más grato que, como decía Woody Allen, describir lo que nos ocupará el resto de nuestra vida, lo más importante: el devenir de San Marcos. El proyecto museográfico y museológico para las tres zonas del conjunto empedrado.

Vemos ya las áreas expositivas sobre la historia militar del recinto, explicadas sobre reproducciones armamentísticas e iconos de soldados de sus guerras. Pero, será algo más: el devenir de la historia humana, desde la prehistoria, en el discurso de sus épocas, compendiado en un museo histórico, donde se entremezclará la información comarcal con la universal hasta proyectarse en el siglo XXI.

Desde las penurias propias de la guerra, pasando por el olvido en su depauperación, soñando con utopías, desde su esqueleto, reflota hacia lo expositivo y lúdico, arriesgada apuesta institucional que conlleva la espectacularidad visual del futuro de mi Fuerte de San Marcos. Hay ciudades, como Errentería, paisajes como San Marcos que permiten albergar historias muy distintas y sensaciones tan perturbadoras, muy diferentes a las que ocurren en grandes ciudades.